# UNA HERMANA LLAMADA

# ROSA SANTAEUGENIA

Sebastián y Margarita vivían en Moiá, diócesis de Vic, en la provincia de Barcelona.

La llegada de su primera hija, en 1833, los llenó alegría.

Le pusieron el nombre de Rosa.

Luego vinieron tres hermanitos más y vivieron unidos y felices en medio de una sociedad rural, donde todos se conocían.

A este pueblo llegó el Padre Coll en su primera misión como sacerdote. Allí tuvo que ayudar a curar las dolorosas heridas que la guerra civil había ocasionado entre familias.

Cuando tenía apenas seis años, murió su padre, víctima de los odios que desató la guerra civil.

Siendo la mayor de sus hermanos y por estar su familia en situación muy precaria, su madre decidió aceptar el generoso ofrecimiento de una familia amiga, que llevó a Rosa a San Hipólito de Voltregá, un pueblo no muy alejado de su casa.

Allí estuvo con sus tutores hasta los dieciséis años y todos admiraban su buena disposición para ayudar en todo, aunque no se lo pidieran.

Era además, dulce y candorosa, alegre y aficionada a prácticas piadosas, las cuales formaban parte de sus juegos infantiles.

Pudo recibir la Primera Comunión a edad muy temprana, pues era notable su piedad y su devoción.

Algunos testimonios nos hacen saber que hacía sacrificios, tratando de que nadie lo notara, para parecerse a Jesús.

Durante estos años, seguramente recibió la educación común que se daba a todas las niñas, o sea las primeras letras, el catecismo y costura.

De regreso a su casa ayudó a su madre en las tareas de la casa y en la educación de sus hermanas menores.

Era para todos un ejemplo por su carácter afable y su gracia para encontrar la palabra y el gesto oportunos en cada ocasión.

Siempre era el centro en las reuniones con otras jovencitas y aún sin saberlo, aquellas personas que la trataban encontraban en ella algo especial.

Mientras tanto se iba perfilando su vocación.

Ella quería dedicarle lo mejor de su vida y su tiempo a Jesús y por amor a Él, a sus semejantes.

Decidida a poner en práctica sus deseos, fue a un convento de Carmelitas de la Caridad. Estas religiosas tenían una escuelita en Taradell, pueblo cercano al de Rosa.

Cuando explicó el motivo de su visita, la superiora no supo descubrir las cualidades de que estaba dotada la humildísima pretendiente. Fijándose sólo en su pequeña estatura , no la consideró apta para los fines de su instituto y le aconsejó que pensara en otra forma de servir a Dios.

Pero, como la mayoría de las personas que tienen muy claros sus proyectos, Rosa no se desanimó demasiado... aunque quedó bastante triste por este primer escollo.

Fue a buscar consuelo y consejo a don Don Juan Castañer Arcipreste de Moiá.

Este sabio sacerdote comprendió que estaba ante una joven que realmente había escuchado la llamada del Señor y la animó, diciéndole que ese rechazo que había sufrido no era sino la señal de que Dios la tenía destinada para cosas mayores.

En ese tiempo, los Padres Pedro Bach y Jaime Pasarell, habían recibido a un grupo de jóvenes que tenían las mismas inquietudes que Rosa y les habían encomendado tareas apostólicas.

A este grupo de consagradas, conocidos como "Servitas", se unió Rosa y fue elegida Superiora.

El 1º de octubre de 1856, luego de cursar los correspondientes estudios, recibió el Diploma de Maestra de Instrucción Primaria Elemental.

La pequeña comunidad tenía como finalidad dedicarse a la enseñanza y al cuidado de los enfermos; una vez obtenido su título, Rosa se empeñó en que otras hermanas hicieran lo mismo y con la ayuda de algunos sacerdotes profesores del seminario, las preparó para dieran los exámenes.

Así lo lograron otras 11 hermanas.

Mientras tanto, seguían viviendo humildemente y alimentándose gracias a la buena voluntad de los aldeanos que las asistían.

Cuatro escuelas fueron los primeros pasos de estas valientes jóvenes, en: Rupit - Pardinas - Gironella y Suria.

En septiembre de 1857 se acordó que el grupo se pusiera bajo la dirección del Padre Francisco Coll, dominico y misionero.

Él deseaba dejar comunidades de hermanas en los pueblos donde predicaba y ya había recibido a siete jóvenes que deseaban consagrarse a Dios y dedicarse a catequizar y enseñar a los niños de aquellos lugares.

Eran las primeras Dominicas de la Anunciata.

La Hermana Rosa, con otras cinco, pasó a formar parte del Instituto fundado por el Padre Coll.

Estas maestras, consagradas a Dios, eran las candidatas ideales para reforzar la naciente congregación.

Rosa sintió desde el primer momento, que ese era su lugar, el que Dios le había preparado para que lo sirviera con alegría.

Y puso todas sus cualidades al servicio de su misión: la educación de las niñas.

El Padre Coll advirtió muy pronto el valor y la riqueza interior de la Hna. Rosa.

Fue en todo momento su más fiel y entusiasta colaboradora en la capacitación de las hermanas para ejercer como maestras y obtener luego, por oposiciones (concursos), los puestos oficiales.

Se multiplicaron las vocaciones y al mismo tiempo muchas escuelas dirigidas por las Hermanas fueron extendiéndose por los alrededores

Las familias acudían con sus hijas y confiaban su educación a las Hermanas, seguras de que habían encontrado las personas indicadas para educarlas y formarlas.

En 1864 fue elegida Madre General, con el beneplácito de todas las Hermanas que la veían como lo que era: una luchadora incansable y una mujer de profunda espiritualidad.

Siempre y para todas, su presencia humilde, su palabra serena y comprensiva, eran la llama que avivaba el deseo de seguir creciendo en todo sentido: espiritual, intelectual y apostólico.

Cuando llegaba a las casas, su figura pequeña parecía llenar de luz y entusiasmo a todas. Seguramente muchas horas de oración y un amor muy grande hacían posible este efecto.

Cuando el Padre Francisco Coll enfermó y después de su muerte, Rosa debió hacerse cargo de visitar y animar a las comunidades, que al principio eran unas 30, pero que luego fueron aumentando.

Y las distancias, si bien no eran tan grandes, demandaban viajes fatigosos ya que los medios de traslado no tenían comodidades y demoraban bastante en cumplir su recorrido.

Todo esto, más las preocupaciones que traía aparejadas el crecimiento de las obras, la formación de las Hermanas y la consolidación de la Congregación, fueron debilitando sus fuerzas.

El 30 de marzo de 1889, se fue a reunir con el Señor, con gran serenidad y rezando el Rosario hasta los últimos momentos, consolando a las Hermanas que estaban muy acongojadas.

A su muerte, había en la Congregación 700 religiosas y casi 100 establecimientos educativos y de beneficencia.

Seguramente, cuando en el cielo se encontró con el Padre Coll, ambos habrán alabado a Dios que los animó a llevar adelante este proyecto de la Anunciata , para enseñar a muchos y muchos niños de todos los pueblos donde se fundaron las escuelas.

Y Santo Domingo habrá mirado complacido a estos dos hijos suyos que se tomaron muy en serio el trabajo de extender el Reino de Dios.

Nuestro colegio la ha elegido como Patrona y esto quiere decir que confiamos en ella para que nos ayude a crecer como personas libres, solidarias y creativas, para que podamos ser amigos fuertes de Jesús y lo anunciemos a todos las personas que traten con nosotros.

Ahora y en el día de mañana